

FAUSTA GANTÚS, FLORENCIA GUTIÉRREZ Y ALICIA  
SALMERÓN, *LA TOMA DE LAS CALLES. MOVILIZACIÓN SOCIAL  
FRENTE A LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL, CIUDAD DE MÉXICO,  
1892*, MÉXICO: INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ  
MARÍA LUIS MORA, 2020, 221 PP.

Esta es una obra que goza de gran vigencia y pertinencia en los tiempos que corren no sólo para México sino también para América Latina, donde las calles y su uso político permanecen bajo disputa. El libro aquí referido invita a generar nuevas investigaciones para retomar las rutas exploradas, ya que claramente no se trata de un esfuerzo aislado en las líneas de interés investigativo, pues hallamos acercamientos previos, por ejemplo en otros trabajos de las autoras, o en el caso del libro *La política en las Calles: entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, de la historiadora argentina Hilda Sabato.

Cabe destacar que, aunque concebido por tres autoras, se aprecia el trabajo en equipo, donde se lograron hilvanar sus estilos de escritura, y donde se cruzan la historia política, la historia social y la historia cultural como formas de historiar. Esto, con la intención de construir una trama que logra explicar cómo se arribó y de qué modo ocurrieron las manifestaciones antirreeleccionistas y reeleccionistas de los días 15 y 16 de mayo del año 1892 en la Ciudad de México.

En el primero de tres capítulos –dedicado al contexto entre 1890 y 1892 en que se proyectó la reelección del presidente Porfirio Díaz– se exponen los marcos legales que funcionaron para la reelección; hechos que prepararon el terreno, ya que desde 1887 el Congreso Nacional dio paso al tercer mandato de Díaz (1888-1892), contradiciendo ampliamente lo planteado en el Plan de Tuxtepec de 1876. Aquella búsqueda de una reelección indefinida apuntaba hacia un radio de exclusión política aún mayor, en la medida en que beneficiaría también a los gobernadores estatales y prácticamente no habría movilidad en aquellos cargos. Esto fue visto como una estrategia para garantizar la estabilidad política de los estados y regiones tras reducir la intervención del centro en sus asuntos. Dichas circunstancias motivaron a las autoridades y diputados locales a apoyar la reelección del presidente.

Los discursos legitimadores y críticos de la prensa acompañaron el proceso y conformaron el universo de la opinión, es decir, la prensa crítica, los impresos porfiristas, la prensa oficialista y los periódicos independientes. Varios de ellos –como un potente actor político– estuvieron ocupados en avalar y promover la conveniencia de la reforma constitucional a favor de la reelección e, incluso, llegaron a encabezar partidos, facciones y clubes

electorales. El Comité Central Porfirista y el Unión Liberal hicieron uso de los llamados periódicos de “coyuntura” (p. 45), que surgían específicamente para promover una candidatura y desaparecían después de los comicios.

El segundo capítulo fue destinado a la confrontación en las calles entre reeleccionistas y anti-reeleccionistas. Téngase en cuenta que los clubes electorales contaban con presencia en México desde los años veinte del siglo XIX y, creándose generalmente a nivel municipal, trabajaban a cambio de acceso a cargos públicos, impulso de leyes, proyectos locales, contratos y concesiones. Estos clubes surgían durante las elecciones y se desmontaban una vez terminadas, pero llegaban a formar poderosas redes de apoyo para asegurar el triunfo de determinado candidato. Luchaban por su autonomía para desenvolverse durante las campañas y colocarse a favor de un candidato para el que movilizaban el voto. Lo hacían vencer y negociaban con éste en caso de que resultara ganador.

Asimismo, se aliaron con promotores de impresos (folletos, carteles, hojas y volantes) que daban visibilidad a las reuniones, mítines, fiestas, serenatas y banquetes que se hacían coincidir con fechas de festejos patrióticos que encumbraran la imagen del presidente Díaz. Adicionalmente, se precisan en el libro los puntos de salida y las trayectorias de las peregrinaciones porfiristas que retomaban los circuitos de carácter cívico-religioso utilizados desde la época colonial. Las peregrinaciones eran planeadas para recorrer espacios públicos urbanos –considerando a la ciudad como un espacio de comunicación de primer orden– y estaban seguidas del recibimiento que les daba el presidente en el Salón de Embajadores de Palacio Nacional. En este recorrido puede apreciarse la relación entre antiguas y novedosas prácticas políticas.

Mientras, la oposición antirreeleccionista se perfiló desde abril de 1892, cuando los estudiantes de las Escuelas Nacionales de Jurisprudencia, Medicina y Preparatoria tomaron las calles pronunciando discursos donde señalaron sus objetivos de congregarse a otros alumnos para conformar un Comité que dirigiera sus trabajos políticos. En tales discursos demostraban que, amén de su juventud, eran disciplinados y no se violarían ni el orden ni la ley, manifestando que podían participar en la vida política y

sabían hacer uso de sus derechos ciudadanos para expresar enérgicamente sus opiniones.

La oposición antirreeleccionista consistía en un grupo cuyos líderes y oradores gozaban de una importante trayectoria en el activismo político desde los años 1883 y 1884, cuando intentaron interpelar por el proyecto de arreglo y conversión de la deuda inglesa. En ese entonces fue que se gestaron alianzas entre estudiantes, artesanos y obreros. Resalta en este caso el uso de fuentes como “las notas de un agente de la policía reservada” (p. 84), es decir, se habla de un infiltrado entre los estudiantes a manera de observatorio privilegiado para conocer sus prácticas, discusiones y modos de organización. Se trató, pues, de un grupo que sufrió censura, represión y “espionaje autorizado” (p. 88). Todo ello por el temor a la fuerza que iba ganando y que amenazaba con propagarse al resto del país. De aquí la alusión a la cita: “El Monitor Republicano, el 9 de abril de 1892, informó que los primeros estudiantes en expresar ‘la antipatía que les inspiraba el pensamiento de la reelección’ fueron los de Guanajuato” (p. 89).

Subrayan las autoras el hecho de que llegado el día 15 de mayo, fijado para la gran movilización antirreeleccionista, las calles no fueron sólo el escenario donde se manifestó la oposición a la reelección, sino que salieron a la luz tensiones raciales, sociales, económicas y políticas de larga data. Se escucharon frases como “¡mueran los gachupines!” (p. 95), como una especie de hispanofobia callejera y hubo otras acciones espontáneas que se desbordaron en medio de la marcha antirreeleccionista.

Sin embargo, el choque entre porfiristas y opositores se dio al día siguiente, el 16 de mayo, en el marco de la contra-marcha organizada por los reeleccionistas, y de naturaleza distinta a las festividades cívicas que habían impulsado con anterioridad. Así, la confrontación y la violencia entre ambos grupos en las calles se evidenció con la “lluvia de pambazos” (p. 105) que sufrieron los que apoyaban la reelección y en los embates de la caballería “con sable en mano” (p. 109) que recibieron los antirreeleccionistas. El saldo fue, como era de esperarse, muertos, heridos, lesionados y presos. La agitación social continuó el día 17, intentando debilitar al grupo opositor al régimen mediante la detención de participantes y líderes.

Vale señalar que también hubo manifestaciones antirreeleccionistas callejeras en ciudades como Guadalajara y Veracruz, aunque no parece que guardaran relación estrecha con las de la capital. Como resultado, los antirreeleccionistas quedaron detenidos, sin objetivos inmediatos, y Porfirio Díaz quedó electo con el 99.9 % de los votos.

El tercer capítulo aborda la confrontación producida en el universo de la prensa y el rol de ésta como parte de las pugnas. Uno de los intentos fue el de definir al “verdadero pueblo”, su espontaneidad y capacidad para participar en la política no sólo de manera cuantitativa, sino que, además, los periódicos partidarios de reeleccionistas y antirreeleccionistas se enfocaron en la cualidad de los movilizados. Practicaron la exclusión de los indígenas, a los cuales no consideraban como iguales, y cuestionaron su madurez para sostener prácticas democráticas como las demostraciones callejeras. Los descalificaron como “masa ignorante”, “contingente apático” o “multitud involuntaria”, saliendo a relucir “un excluyente concepto de ciudadanía” (p. 120).

De modo tal que, como las autoras señalan, la alianza entre estudiantes y obreros, o entre los reeleccionistas y su uso de los indígenas, no supuso las mejorías o soluciones a los problemas de los grupos afectados por la crisis que vivía el país. Por el contrario, la prensa de ambos bandos compartió un imaginario social que resignificó al *pueblo*, llenando esta palabra, o bien este concepto político fundamental, de sentidos diversos en el marco de aquella coyuntura electoral.

En tanto, el discurso satírico visual en la prensa oficial representó una sociedad donde imperaba la participación ciudadana, claramente con predominio de figuras masculinas, que eran los entendidos como ciudadanos, ya que la participación de las mujeres se limitaba al hecho de ser espectadoras. Se expuso al gobierno como víctima de los estudiantes, y a éstos como enemigos del orden, la paz y, por ende, de todos los mexicanos. Los periódicos antirreeleccionistas, por su parte, representaron al poder gubernamental gigantesco y musculoso, como Goliat, frente al patriotismo pequeño y frágil de los estudiantes, quienes a semejanza de David, pretendían demostrar que se podía llegar a desafiar abiertamente a la figura del presidente Porfirio Díaz. Lo anterior sembró la inconformidad y obligó al go-

bierno a ampliar la participación ciudadana en los años entrantes.

En cuanto a las caricaturas, se puntualiza la importancia de los textos que acompañan a las imágenes, ya que permitieron aclarar actitudes y gestos de los personajes representados y los objetos personificados. Las autoras se fijaron también en los niveles o planos de las caricaturas, a quiénes se ubicó en los balcones, a quiénes al fondo de la imagen, qué personajes desprenden total seguridad y en cuáles otros se refleja el temor a la represión o a las presiones de la oposición. Hacen notar desde las lujosas vestimentas y accesorios, hasta quiénes marchaban descalzos y desaliñados. Destacan también los silencios y omisiones que se observan en las publicaciones periódicas, conscientes las autoras de que la caricatura “construye su propia versión de los hechos y los adecua a conveniencia” (p. 178). Como representaciones de la realidad que clamaban los temores, enojos, rumores, euforia, pero también las expectativas que recaían sobre aquella inédita forma de hacer política en las calles.

Por último, es oportuno apuntar que son meritorios los tres cuadros que sistematizan la información desarrollada y que para fines didácticos y docentes resultan de gran valía. Se les suman dos planos contruidos por las propias autoras y que constituyen, a su vez, nuevas fuentes para mostrar la ubicación geográfica de los espacios de confrontación, pero también para explicar la resignificación que estos ganaron en aquella coyuntura electoral. En el mismo sentido, consideramos ingeniosa la inserción de códigos QR en dichos planos, ya que conducen al Repositorio Institucional del Instituto Mora, lo cual permite visualizarlos con mayor facilidad. Al finalizar el libro, se encuentra una cronología electoral que abarca desde 1890 hasta la realización de las elecciones primarias y secundarias en julio de 1892. *La toma de las calles. Movilización social frente a la campaña presidencial, ciudad de México*, consideramos, es una obra ante la que no se debe ser indiferente si se pretende conocer sobre prácticas políticas y electorales decimonónicas.

Ibisamy Rodríguez Pairol  
Universidad de Guadalajara  
ORCID: 0000-0002-2752-394X  
samyroi@gmail.com